El Perú, país mestizo

El Perú es un país que ha discutido mucho su propia identidad, que ha especulado muchísimo acerca de ella, quizá porque el mestizaje peruano sea un fenómeno tan complejo que los peruanos no llegamos a ponernos de acuerdo sobre él. Veamos. Se dice que hay tres escuelas o vertientes dentro de las cuales se clasifican las doctrinas o teorías sobre la interpretación de la realidad peruana. Hay, en primer lugar, una doctrina indigenista; por contraste y contrapuesta a ella, hay una doctrina o una escuela hispanista; por último, hay la doctrina central, lo que no quiere decir propiamente ecléctica, que afirma la importancia suprema del hecho del mestizaje, la doctrina que llamaremos mesticista, si se nos permite este barbarismo.

Claro que el hecho omnipresente del mestizaje no es, en modo alguno, negado por la escuela indigenista, ni mucho menos por la hispanista, lo que sería negar la evidencia misma. Estas escuelas que pueden llamarse parciales tienden a valorar sobremanera, a enfatizar sobremedida ciertos elementos particulares dentro del maremagno del mestizaje. Así, para la escuela indigenista, que encabeza hoy el ilustre historiador del pasado prehispánico Luis E. Valcárcel, y encabezó antes nuestro protoarqueólogo Julio C. Tello, el factor indígena es el decisivo, numéricamente predominante y valorativamente superior en la compleja realidad del Perú. Los otros elementos deben ser a la postre asimilados por una nación eminentemente indígena. Además, hay en la escuela indigenista lo que puede llamarse una preocupación de «autoctonía», de oriundez o independencia cultural, aspiración que deberá plasmarse en el «nuevo indio», en el sentido de indígena o natural del lugar, y que bien puede ser, en suma, un mestizo. Pero la anfibología en la acepción de lo «nativo» se vence en la exaltación de los valores de la herencia prehispánica. Tal es por cierto sólo un punto de vista, aunque expresado con mucha vehemencia, no sólo teorética, sino política. El indigenismo suele ser la posición asumida por las izquierdas de diferente matiz.

Por reacción, la llamada escuela hispanista, que en el siglo XX han encabezado José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde y Raúl Porras Barrenechea, exalta en mucha mayor medida que la indigenista el hecho del mestizaje, y se apoya sobre este hecho para afirmar la imborrable presencia de los factores hispánicos, factores que no se dan puros en su forma europea, sino mezclados, o si se prefiere impuros, en su forma americana, pero que cobran un relieve importante dentro de lo que de otra manera sería un mestizaje informe y sin perfil. Quizá quien mejor ha logrado expresar esta tesis, insistiendo por lo demás en la importancia del factor religioso, es Víctor Andrés Belaúnde, ideólogo de la peruanidad, quien diré de paso fue mi padre. Belaúnde columbró una aplicación de la distinción metafísica de Aristóteles entre

materia y forma a la cultura. El pensaba que un universo cultural es un organismo estructurado hilomórficamente, en que ciertos elementos cumplen una función más bien material y otros una función formal o de entelequia en el sentido de Aristóteles. El creía que esto pasa en el Perú con muchos elementos culturales aportados por España. Así, el hispanismo no niega nada, en frase de Belaúnde, el Perú es una síntesis viviente en que todo está incluido, pero en esa síntesis hay un relieve funcional, una organicidad que es jerarquía.

La tercera posición que hemos llamado mesticista, ha tenido paradójicamente hasta ahora un desarrollo teórico quizá menos evolucionado. Su representante más preclaro y más entusiasta es un autor al que no se suele dar ni en el Perú ni en el extranjero la relevancia que merece. Me refiero a José Luis Varallanos, antropólogo, escritor y poeta, cuyo libro *El Cholo y el Perú* es no sólo un minucioso estudio de la naturaleza del hombre mestizo en mi país, sino un ardoroso y casi mesiánico canto a sus virtudes. La tesis de Varallanos se parece a la tesis indigenista en el sentido que todo el énfasis está puesto en un tipo humano, que ya no es el indio, como en Valcárcel, sino el cholo, el mestizo. Mejor dicho, en el Perú dejará de haber indios y todas las variedades raciales y culturales serán absorbidas por el cholo, fuerte estirpe llamada a un inmenso futuro. Por lo demás, nos parece que así concebida la tesis mesticista resulta congruente con el afán de autoctonía que hemos visto, caracteriza a nuestros indigenistas. Lo autóctono u oriundo es ahora fruto del mestizaje, cristal del crisol de la Historia. El gran novelista José María Arguedas apuntó a ello en su novela *Todas las Sangres*.

Debo agregar que a mi entender el ilustre escritor José Carlos Mariátegui debe también situarse dentro de la concepción mesticista, pero el sentido de su obra no es propiamente exaltar el mestizaje, sino aplicar las categorías de un marxismo más o menos heterodoxo para interpretar la realidad peruana. Valgan estas frases para situar a ese importante autor en el panorama que hemos descrito.

Personalmente, creo que cada una de las escuelas mencionadas aporta su parte de verdad, y que, por tanto, la verdad entera está en la síntesis de las mismas, síntesis que todavía no ha sido hecha, pero que debe buscarse por el camino más abierto a recoger las tres vertientes, y este camino es en lo esencial la tesis mesticista; es decir, porque la tesis mesticista se presta mejor a un perspectivismo histórico sobre el Perú, es por el camino de ella que debe buscarse la visión integral a condición de no negar nada de lo certeramente visto por las otras escuelas.

Valga esta afirmación ecléctica como un primer paso en procura de precisar nuestra propia posición. Primer paso que ciertamente no debe tomarse como el definitivo, pues no habremos de resignarnos fácilmente a un eclecticismo primerizo e informal. Quisiéramos elaborar a partir de este primer paso una concepción más compleja que dé cuenta cabal del mestizaje peruano, en particular, desde un punto de vista que sea a la vez antropológico, sociológico, psicológico y, si se quiere, metafísico. Quiero decir que el punto de vista desde el cual me gustaría llegar a comprender este problema es el que propuso Emil Durkheim en su célebre teoría de la conciencia colectiva. Para ello, una de nuestras tareas, aunque no ahora, será precisar lo que consideramos que hay de válido en la original concepción de

Durkheim y sus desarrollos posteriores; eso por un lado, por el otro aplicar tales categorías analíticas al estudio e interpretación de la realidad peruana. Por cierto, ello sobrepasa con mucho los márgenes de este artículo en que sólo quisiera intentar una introducción impresionista al tema del mestizaje en el Perú.

* * *

El mestizaje surge de la conquista. Se ha dicho mucho que la conquista fue el desencadenamiento de la sed del oro. Y, efectivamente, lo fue. El oro del Perú aún relumbra y resuena en la memoria de los pueblos cuando oyen el nombre de mi patria. A Francisco Pizarro, conquistador del Perú, el Rey de España lo hizo Marqués de la Conquista, como si la del Perú hubiera sido la única, la buena, la que cuenta. Fue, en todo caso, la que trajo más oro a las arcas reales, dilapidado luego en guerras y otros lujos.

Se ha dicho que la conquista fue un fenómeno de extremada crueldad, de genocidios irrestrictos, unidos a la explotación del hombre por el hombre. También aquí hay, obviamente, mucho de cierto, pero la imagen debe corregirse con lo que hasta hace poco no se entendía. Las enormes pérdidas de la población de masas indígenas en los países conquistados se debieron, en gran parte, a la contaminación microbiótica contra la cual los aborígenes americanos no tenían defensas naturales, aunque también tuvieron su revancha. Hemos de volver sobre la enorme significación cultural de este hecho biológico, que corrige las versiones más crudas de la Leyenda Negra.

En contraste, y para mencionar algo favorable alguna vez, se ha dicho que la conquista es una de las más notables manifestaciones históricas del ardor religioso y de la caridad entendida como amor en nombre de Dios. Esto también es cierto. El mundo entero conoce la historia de Fray Bartolomé de las Casas. Los peruanos conocemos otras historias no menos conmovedoras de intensa espiritualidad e ilimitada compasión que están escritas en las bases de nuestra nacionalidad. Toribio de Mogrovejo, oblispo predicador del Evangelio; Francisco Solano, que entre otros muchos ostenta el título de Patrono de pecadores empedernidos, cosa que, sin duda, hacía falta en el Perú de entonces; Rosa de Lima, que en el conjunto de la mística cristiana, según ha expresado un autor inglés, representa una espiritualidad surgida metafóricamente del mundo vegetal y de su forma especial de vida. Por último, Juan Mesías y su hermano del convento dominicano de Lima, Martín de Porres, en quien se encarna la igualdad humana como capacidad de realizar el infinito. Menciono sólo los seres humanos que vivieron en el Perú y han llegado a los altares de la Iglesia católica. Todos ellos son santos del amor y de la abnegación ilimitada ante el sufrimiento ajeno. Todo ello que bien hacía falta en el tumultuoso Perú naciente.

La Conquista es, pues, un fenómeno multifacético en que coexisten los elementos más contradictorios. Pero qué menos podía la conquista que ser eso si la vemos a la luz de su puesto en la Historia Universal. Tremenda irrupción del destino, en la conquista se desplaza violento el cieno de la vida, pero también surgen de ella los más dolidos y auténticos acentos del espíritu. Hemos aludido al hecho de que los

aborígenes no tenían inmunidad biológica frente a devastadoras enfermedades del viejo continente, la viruela, por ejemplo, aunque tuvieron también su revancha como ya hemos dicho. Si consideramos este fenómeno desde el punto de vista que sobre la unicidad inicial de la cultura humana sostuvo el antropólogo germano-norteamericano Kröber, podemos darnos cuenta de la inmensa significación de la conquista. Kröber sostenía que la cultura es una eukumené, es decir, básicamente un fenómeno único para toda la especie humana, cosa que, después, ha sido sostenida por otro célebre antropólogo norteamericano, Linton, en un libro titulado *El Arbol de la Cultura.* Esto supone que América perteneció originalmente a la eukumené, pero por una evolución fuere geológica, fuere de otro carácter, se vio separada, cercenada de la eukumené, y condenada a desarrollarse en su aislamiento. La conquista es, pues, el hecho violento, violentísimo, ya lo hemos visto, que reinscribe al continente americano en la eukumené o universalidad humana. Que ese hecho tuviera costos altísimos en el plano biológico y social y en otros, nada tiene que extrañar.

El economista francés Charles Baudin, fingiendo de historiador, dijo en un célebre libro sobre el Imperio Socialista de los Incas, que era una lástima que las culturas americanas hubieran llegado a un término artificial y violento de su desarrollo por obra de los conquistadores y particularmente los españoles. Yo no pretendo tener autoridad para juzgar este punto, pero si no se me autoriza a emitir un juicio, al menos permítaseme decir una sospecha. Y bien, mi sospecha es que las culturas americanas ya habían dado de sí lo que podían dar, y su destino era repetirse sin término en un tiempo cíclico en el fondo sin horizonte y sin futuro. Y lo que me hace pensar así es que si bien los americanos conocían la rueda, que en la eukumené del viejo continente marca el paso decisivo de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, en América ese paso no se dio, ni se podía dar, porque los americanos carecían de animales de tiro. Nuevamente una carencia biológica se presenta como un factor límite del desarrollo cultural. Las culturas americanas son, sin duda, inmensamente interesantes en sí mismas, pero cabe la sospecha que por sí solas jamás habrían superado la Edad de Bronce. Esto es, por cierto, un punto de vista personal que refuerza otros que vengo expresando, aunque no los condiciona necesariamente.

Pero lo que me preocupa más en la explicación teórica de lo que fue la conquista, es el problema de cuál fue el factor decisivo de su temprano éxito. El ilustre historiador inglés Arnold Toynbee, en un discutible ensayo sobre la conquista de México, dijo que Cortés, después de todo, sólo había sido un condotiero como esos que había conocido en Italia antes, condotiero al servicio de los enemigos de los aztecas. Claro que surge primero la objeción de que un condotiero no quema sus naves. En segundo lugar, hace falta explicar entonces cómo el condotiero se quedó con todo, es decir, con todos los indios vencidos y vencedores por igual. Hay algo que tiene que explicar su victoria más allá de los límites de la acción del condotiero. Para México, se tiene ya lista una explicación razonable: los españoles suprimieron los sacrificios humanos y los pueblos indígenas aceptaron la conquista y la dominación española, pues se vieron liberados del flagelo muchísimo mayor de la antropofagia. A su vez, esta acción española tuvo éxito porque ellos aportaron especies animales que permitían una alimentación proteínica de la cual el México precolombino, si no estaba

del todo desprovisto, sufría en todo caso una fuerte carencia. Así los hechos biológicos resultan ser en alto grado condicionantes de la evolución histórica y cultural.

Yo no me atrevo a decir en qué medida y de qué manera un razonamiento similar es aplicable al Perú. Pero sé que la conquista española del Imperio Incaico quedó consolidada con sorprendente facilidad. Hubo, por cierto, resistencia. Hay quien ha hablado de la guerra de los Huiracochas en que estuvieron comprometidos los generales de Atahualpa. Hubo también sectores indígenas banderizados por el conquistador europeo, el caso más conocido es el de la Comunidad de los Huancas. Hubo la revolución de Manco Inca, pero en suma fue derrotada pronto en medio del impotente heroísmo de Cahuide ante el asalto de Juan Pizarro a la fortaleza de Saccsahuamán, y después los españoles empezaron a combatirse entre ellos: guerra de Almagro contra Pizarro; revolución de los almagristas vencida por Gonzalo Pizarro; luego la rebeldía muy larga del propio Gonzalo Pizarro contra el Rey; por último, la revuelta de Centeno; en suma, veinte años de contiendas civiles de las que dice Garcilaso que le impidieron estudiar las letras porque su juventud transcurrió entre armas y caballos. Las masas indígenas ciertamente no se quedaban ociosas contemplando desde las laderas de los montes el combate de los caballeros hispanos, sino participaban activamente en el transporte de las armas y vituallas y acaso en la infantería. Lo que no hicieron fue rebelarse contra sus amos desunidos ni aprovechar la ocasión para echarlos al mar. Esto, ¿cómo se explica? La única explicación es que la conquista había aportado algo particularmente valioso que la ponía fuera de discusión. Especies biológicas, vegetales y animales, técnicas nuevas, un horizonte espiritual superior. La distancia impide formarse una idea precisa, pero no cabe duda que hubo un factor o conjunto de factores de alta significación cultural que hicieron de la conquista un hecho consumado, como no lo habría podido ser nunca en términos puramente militares. Piénsese en los Araucanos. No excluyo la posibilidad de que también en el Perú jugara un papel la supresión de la antropofagia. En este sentido me pregunto cuál sería el resultado de una lectura de las crónicas en que se relata la supresión de las «huacas», es decir, la lucha contra las religiones nativas, y que constantemente mencionan crímenes «contra natura». Esta expresión se interpreta usualmente como una alusión a perversiones sexuales; pero no podría interpretársela como una alusión velada a la antropofagia que había que silenciar para no revivir. En todo caso, la realidad debe haber sido bastante más compleja que lo que podamos razonar o suponer. Sería demasiado fácil y unilateral imaginar, por ejemplo, el efecto en la población indígena de la primera bóveda tendida por los españoles entre muros prehispánicos, que hasta entonces sólo habían soportado techos de paja. Quizá ese deslumbramiento termine de explicar el suceso de la conquista, pero no creo que baste por sí mismo.

* * *

Y llega, por fin, el momento de decir que la conquista, desenfreno de la sed del oro, desenfreno de la crueldad y el egoísmo, aunque también desborde de la compasión y la caridad fue, además, una cosa en que hasta ahora no hemos pensado· fue, además, un paraíso erótico.

Esto, al menos, es lo que nos dice José Luis Varallanos en el hermoso libro que he citado. El apoya su aserto en los cronistas y en particular en uno que tiene cierta especial vinculación con Copenhague, puesto que el manuscrito se encuentra depositado en la Biblioteca Real de esta ciudad. Me refiero a la crónica o memorial de Huamán Poma de Ayala, la cual, como bien se sabe, es una requisitoria al Rey de España, don Felipe II, no para discutir su soberanía en el Perú, sino para que la asiente en forma justa y adecuada, a fin de dar al país el desideratum de un buen gobierno. La crónica de Poma de Ayala se diferencia de la de Garcilaso de la Vega, el inca inmortal, en que fue escrita en el Perú justamente en el período en que comienza la consolidación del Virreinato y, por tanto, da cuenta de hechos de los que Garcilaso no tuvo conocimiento directo. De otro lado, la crónica tiene el enorme interés de que cada página está ilustrada con un dibujo en tinta, de gran simplicidad y naiveté, por cierto. Pero que permite formarse una imagen de los hechos y costumbres. Uno de estos dibujos subraya el escándalo que fue al principio, el nacimiento de los mestizos de india y de español. Pero luego la crónica da cuenta de la generalización del fenómeno, y hasta hay una muy interesante lámina en que una india joven ofrece a la mirada aprobatoria de un español sus partes pudendas y abajo una leyenda, que repito a riesgo de herir oídos castos, dice: «Llegan los españoles, desvirgan a las indias y se amanceban con ellas». Quiere esto decir que donde quiera fueran a parar los españoles eran dueños de las indias que deseasen y nadie les oponía resistencia, ni las indias, ni los indios que posiblemente veían en ello de alguna manera un honor, o en todo caso un mal inevitable.

Tal es el origen de la raza mestiza peruana, el cholo como se le llama en una palabra que puede ser alternativamente despectiva o cariñosa. La aceptación original de la palabra fue en todo caso despectiva, pues «cholo» viene de una voz quechua que quiere decir perro, y la minusvalía de la especie canina en el mundo hispánico es conocida. Pero como suele suceder, los pueblos sacan orgullo de flaqueza y tornan en motivo de honra aquello mismo que para otros era motivo de desdén. Esto es lo que puede observarse con la transformación de la palabra cholo en el Perú. En todo caso, es claro que normalmente el cholo no proviene de la unión matrimonial entre india y español, o a la inversa, aunque ello sucediera en algún porcentaje de mestizos. El cholo proviene de la relación sexual puramente natural, jurídica y religiosamente irregular, al menos según las concepciones tradicionales. Y esto sigue siendo así en muy buena medida en nuestra sociedad de hoy.

Pero vengamos a un punto al que atribuyo especial significación. El escritor peruano Héctor Velarde, humorista que hacía sonreír a la buena burguesía de Lima dijo, una vez, que él no estaba de acuerdo en que a España se le llamase la Madre Patria. Eso era un profundo error histórico. España es más bien el padre, que según dijo Velarde, mandó a los conquistadores, algo así como espermatozoides, a fecundar a la madre, que siempre es la tierra y lo ligado a la tierra, la raza telúrica, indígena.

Yo tengo por mi lado una historia que confirma esta observación. Estábamos en Bruselas en la sala de directorio de la Embajada de Méjico, sesionando los diplomáticos latinoamericanos sobre nuestras relaciones con la Comunidad Económica Europea. En embajador de Méjico, don José Calderón Puig, hombre sumamente

simpático, había decorado la pared a su espalda con un montaje fotográfico del gran fresco de Diego Rivera en el Palacio de la Gobernación de Méjico, fresco en el que se relata la turbulenta historia de ese país. El embajador Calderón en un momento explicó el fresco: «Aquí están los indios, todos buenos, salvo la Malinche; allí los conquistadores todos malos, salvo Bernal Díaz del Castillo, el gran escritor (alguna vez le oí a don Miguel Angel Asturias elogiar "su prosa trotona"); por acá los buenos curas y los malos curas, más allá los buenos generales y los malos generales, etcétera, y allí al fondo el origen de la raza...» Era un español intentando violar a una india. Se me escapó este impertinente comentario; un estupro. Bueno dijo el embajador, una violación como tantas. Felizmente, el consejero económico de la Embajada, mi amigo Roberto Dávila, único economista que conozco que sea al mismo tiempo poeta, terció: lo cual prueba que España no es la madre sino el padre, ja, ja, ja, grandes risas, y el posible mal rato quedó evitado. Al día siguiente le ofrecí mis excusas al embajador Calderón, quien sabiamente me dijo: «Lo mejor es tomar las cosas como son, y esto vale para todos nosotros».

Así como no creo que los españoles se dedicaran sistemáticamente a la matanza de indios, tampoco creo violaran sistemáticamente a sus mujeres. No les hacía falta. Ellos gozaban de un «status» que les abría todas las resistencias a su deseo en los corazones y en los cuerpos. No vale mucho protestar contra el hecho, mejor es reconocerlo como lo hace Varallanos en su hermoso libro. Y me viene aquí en mente una de las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre:

Si fuese en nuestro poder
tornar la cara fermosa
corporal
como podemos facer
el ánima gloriosa
angelical,
que diligencia tan viva
tuviéramos toda hora
y tan puesta
en componer la cativa,
dejándonos la señora
descompuesta.

En esta copla Jorge Manrique alude quizá al desgaire a la vida erótica de su padre fuera del matrimonio, pero si se permite razonar a través de símbolos quizá la copla valga para España entera. Es decir, que todo país es, en cierto modo, un ser hermafrodita, macho y hembra a la vez, y a esto se debe que la pasen bien; pero en el caso de la conquista española de América la parte masculina de ese gran pueblo se dedicó, por decir, lo menos en exceso «a componer la cativa», es decir, la cautiva, la mala, quedándose lastimosamente la señora un tanto descompuesta.

Así los pueblos americanos somos hijos de una vigorosa unión que empezó quizá como una violación y se prolongó en un largo concubinato. Nosotros somos los hijos

naturales del entusiasmo de España por América. Somos sino acaso los hijos del amor, al menos de los de la pasión y el empecinamiento. Claro que surge la pregunta cómo fue la relación sexual de indias y españoles, cómo fue el juego erótico si lo hubo, en una relación tan desigual. Pero dejemos este terreno resbaloso. Una cosa es clara, si somos hijos de España, lo somos propiamente de la de entonces y no de la de hoy, que a su vez es hija de esa España ilustre en capitanes. Quiero decir que para nosotros la España de hoy es nuestro hermano, es el mayorazgo de la familia para usar una noción del derecho sucesorio español. Es el único hermano que puede quizá considerarse revestido de una impoluta legitimidad, en tanto que nosotros somos antes que hijos del derecho, hijos de la naturaleza y de la fuerza. Esto vale, por cierto, para toda conquista y en tal sentido quizá no sea novedad; pero estimo yo que es indispensable hacer una consideración de esta naturaleza para comprender a fondo la realidad del mestizaje peruano y de la América Latina en su conjunto.

* * *

Lo dicho vale para acentuar los condicionantes biológicos de la cultura mestiza del Perú. Vale no sólo para el Perú, sino en general para todos los pueblos hispanoamericanos, aunque de variada manera. Entre los pueblos hispanoamericanos hay diferentes grados de mestizaje. El Perú es un caso en que este mestizaje, desde el punto de vista biológico, se inclina muy fuertemente al predominio del elemento indígena. Tal es un factor que no debemos dejar de tomar en cuenta, sin perjuicio de que las cosas se compliquen por aspectos multirraciales del mestizaje peruano, en que no podremos detenernos suficientemente durante el presente somero estudio.

Pero estos son matices y acentos locales dentro de un vasto fresco de conjunto, fresco o sinfonía que abarca en su integridad a Iberoamérica. Podría también decir epopeya, porque así fue cantada con múltiples acentos por un gran poeta peruano de principios de este siglo, José Santos Chocano. La suya es una epopeya escrita con trozos líricos. Lo esencial de su obra se encuentra en el libro titulado *Alma América,* que no por el desfavor de la moda deja de ser una obra formidable.

Permítaseme a esta altura cierta digresión. Puede observarse a propósito de España que desde nuestro punto de vista una nación perdura en su identidad a lo largo de varias generaciones de sí misma, lo que equivale a decir que la historia es un permanecer a través de muchas mutaciones. Este criterio obviamente vale también para el Perú. El virreinato del Perú es una nueva generación del Perú prehispánico, lo cual no implica necesariamente regeneración, sino cambio. Es claro que este cambio se hizo violentísimo en la conquista, la cual es un punto de ruptura en la historia generacional del Perú. De otro lado, el virreinato con sus tres audiencias iniciales, las de Lima, Quito y Charcas, abarca la misma extensión que tenía el antiguo Incario. Estas y otras razones nos hacen pensar que el Perú nunca fue una colonia; fue un reino conquistado, lo cual como quizá veremos, no es lo mismo. El término colonia sólo empezó a usarse en la administración virreinal bajo los Borbones y sus ministros afrancesados, nunca bajo los Austrias. El nombre, Perú, por lo demás, corresponde propiamente al Perú mestizo salido de la conquista, ya que no parece haber tenido un

uso general antes. El Perú pertenece a un subconjunto especial de países latinoamericanos, los de nombre indígena de la más vieja solera regada por el torbellino de la conquista. De paso, tenemos la sospecha de que el género masculino del nombre del Perú tiene mucho que ver con la psicología colectiva de nuestro país, pero este aserto reclama desarrollos en los que no podemos entrar ahora.

Dígase en todo caso que si la multitud peruana pudiera ser individualizada de alguna manera paradigmática o arquetípica en un ser humano de carne y hueso, ese personaje arquetipo, en lo que concierne al Perú naciente sería, sin duda, el Inca Garcilaso de la Vega, príncipe de sangre imperial, hijo de una ñusta, hija de Huayna Capac, español por su padre, quien fue uno de los primeros conquistadores. Garcilaso es un mestizo, bastardo para mayor precisión, aunque de noble cuna por ambos lados. La expectativa de una herencia paterna, y creo yo, la nostalgia del padre muerto le hacen viajar a España de donde nunca regresaría al Perú, a pesar de los servicios de armas que presta al rey en Italia y en España misma.

Fue política de la administración española alejar en lo posible a los indios nobles que pudieran tener alguna pretensión en la sucesión imperial, en lo cual vemos de nuevo el aspecto del reino conquistado que tuvo el Perú virreinal. En su resignación y en su nostalgia, Garcilaso ensaya las letras, y nos deja la prosa más tersa del Siglo de Oro. Luego de una traducción de los *Diálogos del Amor* de León el Hebreo, escribe la *Historia de las Guerras de la Florida* y, sobre todo, los *Comentarios Reales,* que es su magna obra sobre el Perú. Se ha dicho que Garcilaso pertenece al mundo de la utopía, que sus comentarios son una de las fuentes del mito del Buen Salvaje que tanta importancia tuvo en el siglo XVIII, hasta las novelas de Chateaubriand, y eso es cierto. Hay un elemento, platónico, utopista, en el autor mestizo, pero ese elemento no está desprovisto del contacto con la realidad. Garcilaso escribe sobre el pasado, pero en vista del futuro y, rehuyendo la polémica, intenta por todos los medios suavizar el destino de su pueblo. José Durand Flores ha puesto en claro recientemente la relación entre la obra de Garcilaso y la de Fray Bartolomé de las Casas, que la pervade de manera inconfesada del uno al otro extremo. Esto confirma el parecer que ya se tenía que Garcilaso nunca pretendió ni escribir una obra polémica ni una historia crítica del pueblo incaico, sino ejercer una influencia duradera y benéfica en el ánimo de sus nuevos gobernantes. El elemento platónico bebido en italia en los largos ocios del oficio de las armas, es puesto por Garcilaso al servicio de una causa superior, que es la misma a que sirven Huamán Poma de Ayala, Santa Cruz Pachacuti y todos los cronistas indios del Perú. En esta ocasión no podríamos menos que rendirles un homenaje, en especial al Inca, preclaro varón, muestra temprana de la valía del mestizaje en mi país.

La conquista propiamente dicha fue seguida por un proceso de asentamiento del podería español que se caracterizó por la transformación profunda del país, no sólo por la presencia de las nuevas razas española y mestiza, y más tarde africana, sino por la incorporación de elementos culturales nuevos dentro de la propia población indígena aún a pesar de que hubiera quedado étnicamente intacta, ante el contagio de la raza blanca.

La conquista fue seguida, pues, de un proceso de aculturación sumamente intenso

y rápido de resultas del cual puede decirse que lo indígena puro, como lo había sido en el período prehispánico o preeukuménico de la historia del Perú, desapareció ante una inexorable fuerza de la historia. El elemento indígena, salvo en las tribus amazónicas, no sobrevive en el Perú en estado de pureza, y es iluso creer o querer encontrarlo así; sobrevive como factor componente de una forma de vida que es mestiza desde hace varios siglos, aún en sectores de la población que biológica o étnicamente puede considerarse indígenas. Es, pues, necesario remarcar la diferencia entre lo étnico y lo etnológico. Es posible que haya sectores de la población del Perú casi no contaminadas desde el punto de vista del soma hereditario por la raza blanca, pero etnológicamente eso no existe. Y podríamos empezar por el paisaje.

* * *

El mestizaje posterior a la conquista va acompañado de una transformación del paisaje, no por cierto en los aspectos determinados por factores geológicos y meteorológicos que se sitúan más allá de la posible influencia humana, tales como el perfil del horizonte y el relieve del suelo, particularmente anfractuosos en el Perú, o la diafanía o densidad de la atmósfera, variable según horas y estaciones y, por último, como consecuencia de todo ello, la ausencia o presencia de vegetación. Pero si esto es inmodificable por el hombre no ocurre lo mismo con aspectos del paisaje que se hacen discernibles en el primer plano o planos cercanos, mediante el cultivo de la tierra, la crianza de animales y la obra arquitectónica o civil. Es a este respecto que el paisaje del Perú, siempre con su alto horizonte y el declive caprichoso de su suelo, generalmente carente de planicies, y su vegetación rala o desértica, salvo en la región amazónica, sufrió una transformación radical.

En un desacierto célebre de José Carlos Mariátegui, en alguno de sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana,* el famoso autor se permitió decir que la Costa del Perú es española, pero la sierra era indígena. Había viajado poco el famoso ensayista. No discuto que la arquitectura de la costa peruana sea predominantemente hispánica y hasta arábiga; lo discutible es que el paisaje rural y urbano de la sierra no sean hispánicos en una inmensa medida. Esto, sin embargo, se tiende a creer como un prejuicio que aflora de manera natural. Después de todo el error de Mariátegui fue un lugar común. Lo mismo creyeron un grupo de pintores que siguiendo a José Sabogal se decidieron a pintar el Perú profundo, a penetrar en la sierra, ese interior tan cercano y tan lejano a la vez, tan traspuesto como si nos pesara llevarlo a la espalda. Son los pintores más interesantes del Perú contemporáneo, un Vinatea Reynoso, un Camino Blas, un Camino Brent, juzgados un tiempo revolucionarios, sus firmas se cotizan hoy sobremanera en mi país. Aunque justamente la escuela se llamó indigenista, lo que sus cuadros nos muestran son paisajes rurales y urbanos transidos de elementos hispánicos. Imaginemos un paisaje como los gratos a esos pintores. El perfil de los cerros violáceos corta un cielo azul. A sus pies habla un torrente que viste de verde la quebrada y por añadidura le da la profusión de flores y frutos. Un puente de piedra da el firme tranco de un arco sobre el río, y lleva al pueblo que se agolpa en torno de la iglesia. El pueblo se sitúa en la conca de andenes

que trepan la ladera. En el primer plano una arpa eólica de eucaliptos vibra al sol y al viento al borde del agua, el todo salpicado por figurillas, apenas manchas, de hombres y animales que pasan.

Por cierto esto es un hacinamiento convencional de elementos que no responde a ninguna pintura específica, pero reúne los componentes de muchas de ellas. Y bien, de este cuadro son hispánicos los eucaliptos y la arcada del puente. Son mestizos la iglesia y la arquitectura de las casas; el elemento prehispánico está representado por las andenerías milenarias y lo demás es la naturaleza. Esto es lo que vieron los pintores indigenistas. En busca de lo indígena descubrieron lo mestizo o, mejor dicho, las hondas raíces del mestizaje peruano que junto con lo indígena comporta indelebles aspectos hispánicos. Curiosamente la escuela pictórica que más elementos tiene en común con la escuela indigenista peruana es la escuela española encabezada por Zuloaga, Chicharro y los hermanos Zubiaurre, y el parentesco se prolonga quizá hasta Gutiérrez de Solana.

Y aquí quisiera evocar la vigencia que tienen para mi país ciertos temas hispánicos, como son el tema unamuniano del diálogo de Castilla con las provincias marinas, que encuentra quizá su culminación poética en el libro de Antonio Machado *Campos de Castilla*. Esta lectura suscitaba en la juventud de mis tiempos, en la costeña y frívola Lima, la nostalgia del interior del país y de su profunda belleza, junto con otras lecturas de tintas aún más cargadas, en que Dostoievski explicaba sus ilusiones paneslavistas a propósito del poeta Nekrásov.

Tuvo pronto ocasión de sopesar estas ideas y de medir personalmente el error de Mariátegui. Recuerdo por entonces un retiro en el convento franciscano de Ocopa, cerca del alegre pueblo de Concepción, a medio camino entre Jauja y Huancayo, en el valle del Mantaro. Hicimos el viaje en tren, que cruza el divortium aquarum a la altitud del Mont Blanc, y en Concepción, entrada la noche, subimos para la última etapa a un camión cuya plataforma compartíamos con un grupo de indias. A media voz ellas criticaban nuestra charla profana y luego entonaban canciones a la Virgen. Era Semana Santa. Pasamos tres días con sus noches en el convento, de cuyo portero indio se decía que todas las mañanas y las tardes subía a una colina a adorar al Sol. Nos teníamos que lavar en un caño al aire libre en el claustro donde estaban nuestros cuartos, que amanecía a diario congelado; pero a la noche ese claustro bañado por la Luna era un escenario de ensueño. No diré las meditaciones que hicimos entonces. Lo especialmente interesante del retiro fue seguir en su pureza el desarrollo de la liturgia antigua de Semana Santa. En el oficio de tinieblas el viernes, la iglesia quedó vacía y oscura como un lugar abandonado. Entonces se realizó el entierro de un campesino del lugar. En la iglesia desolada entró el ataúd e hizo los tres altos sucesivos, reposando cada vez en el suelo, mientras, los frailes cantaban el responso. Nunca he sentido con mayor intensidad el sobrecogimiento de la muerte que por ese extraño, un indio de Ocopa, prójimo en la fe cristiana. Luego lo enterraron fuera, bajo tierra, junto a un muro de la iglesia. Terminado el retiro visitamos la biblioteca del convento, repleta de incunables y vimos la colección que guarda de piedras talladas de Huamanga. El domingo todo era alegría, bullicio y color en el mercado de Concepción, y seguimos camino a Huancayo entre campos arados que bordeaban

hileras de eucaliptos y la retama de fuerte olor y flor amarilla al borde de las tapias.

El eucalipto y la retama son elementos aportados por los españoles que están inscritos de una vez para siempre en el paisaje del Perú, como lo están también las múltiples especies de animales y vegetales que España aportó para la alimentación, vestido y otros usos. Bueyes, vacas, caballos, asnos, cerdos, carneros y cabras, gallinas y palomas. Al lado de las especies hispánicas sobreviven las indígenas: llamas, alpacas, vicuñas, huanacos. Y unas tanto como otras, resultan parte integrante de la ecología, en su doble aspecto económico y estético.

La importancia de estas especies animales es obvia. Hoy el buey como animal de tiro para el arado parece una cosa anticuada. Sin embargo, si se le compara con la taclla que era la forma de arado prehispánico, manejada con el pie humano, es miles de veces más eficaz. La taclla, sin embargo, sobrevive en las andenerías prehispánicas que visten las faldas de nuestras montañas, adonde el buey no puede acceder. El campo de acción de éste son los terrenos más o menos planos de los valles y quebradas, en cuyas laderas, si he de ceder a un recuerdo de mi juventud universitaria «dentre las resquebrajaduras de las rocas surge airosa la flor de la huamanripa».

Quizá sea del caso anotar un ejemplo no de simbiosis, sino de lo contrario, entre ejemplares de la fauna hispánica y la prehispánica. Me refiero a un rito salvaje que suele ser practicado por los indios, quienes amarran un cóndor al lomo de un toro bravo, el cual lucha incapaz de defenderse de las garras del cóndor y del pico que le ataca el morrillo y la testuz. Es el espectáculo más cruel que pueda imaginarse y lleva a un extremo no igualado la ferocidad de la fiesta taurina. Parece haber en este rito popular un significado oculto, pues el cóndor representa el espíritu de la montaña, es decir, la tierra andina, que de esta manera estaría ensayando su venganza sobre los seres extraños que hollan su suelo. No sé si tal sea la interpretación correcta de esta festividad violenta y colorida. En todo caso ella suena una nota bronca de nuestro mestizaje.

Los peruanos ponemos especial motivo de orgullo en nuestro caballo de paso. Se trata de una espléndida y fogosa variedad de caballo árabe que también existe en Andalucía. Su peculiaridad puede parecer una limitación: el caballo de paso no trota, ni galopa; avanza sin pausa ni prisa moviendo a la vez las dos patas del mismo lado, levantando a lo más alto la delantera en un ritmo que le permite recorrer grandes distancias de suelo arenisco sin cansarse, ni cansar al chalán, que así se llama a quien lo cabalga. Es el caballo señorial de los antiguos hacendados de la costa que debían peinar a diario sus campos, o de los viejos generales de nuestra historia agitada y golpista, hechos a recorrer en sus campañas inmensos arenales, de valle en valle, cuando no se había inventado el automóvil. La imagen nerviosa y elegante de potro y chalán —silla de cuero tallado, plata en las bridas y los estribos, suave poncho de lino— es lo más móvil, colorido y en suma lo más majo, que el Perú puede ofrecer. He allí un elemento notoriamente hispánico incorporado hasta lo íntimo de nuestras tradiciones pintorescas.

He citado al caballo. El asno, «fuerte como un caballo, manso como una vaca», merece un elogio especial, pero ya lo hizo Vasconcelos en un célebre pasaje de su *Pequeña Historia de México*. Hagamos, en cambio, una referencia al mulo, híbrido

del asno y la yegua. El mulo o mula es un animal especialmente adaptado a los bravos caminos de herradura de las montañas del Perú. Uno de los libros más interesantes en la literatura peruana y latinoamericana es el relato de un viaje de posta desde Buenos Aires a Lima a fines del siglo XVIII. Se llama *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* y su autor anónimo, Concolocorvo, aunque se le ha identificado ya como un español, de nombre Carrió de la Bandera, afincado en Lima. Con el estilo zumbón de la picaresca, el libro describe el comercio de mulas desde la Pampa Argentina hasta el Cuzco y toma visos épicos al relatar el arreo de decenas de miles de esos animales por los accidentados caminos de herradura de entonces a través del Alto Perú. Me imagino lo que sería una película de gran formato que intentase verter en imágenes del celuloide los cuadros llenos de vida, fuerza y movimiento que pinta Carrió. La mula es todavía un vehículo irremplazable en el Perú. Y, sin embargo, junto a ella sobreviven los animales de carga prehispánicos, sobre todo los auquénidos: llamas y alpacas, con su capacidad limitada, pero su incomparable adaptación al medio y para algunas especies, como la vicuña, la calidad principesca de su pelo.

Algo parecido podría decirse de otras especies animales, pero, además, están las especies vegetales, cuya adaptación era más difícil. Un gran éxito fue la adaptación del trigo, lograda en Quito por un fraile franciscano, Fray Junípero Serra. Consideremos, además, el arroz, la caña de azúcar, el olivo, la vid, el café y muchas más, que no existían en América. Claro que su presencia nada quita a la del maíz, la papa, la palta o aguacate, la quina, el algodón, el chocolate, por qué no decirlo, la coca, el tabaco y tantas otras específicamente americanas. Nuestros cultivos son, pues, irremisiblemente mixtos, marcados indeleblemente por el mestizaje de nuestra cultura.

El escudo de armas del Perú republicano pretende ilustrar nuestra riqueza en los tres reinos naturales con bienes del pasado prehispánico. Esto se aplica de modo especial a las dos especies vivas concernidas, que son oriundas del continente americano. El reino vegetal está representado por el árbol de la quina, de cuya hoja o fruto se obtiene la quinina, sustancia con que antiguamente se curaba la fiebre malaria o paludismo, como se dice en el Perú, desde que un indio logró ese prodigio en el Virrey Conde de Chinchón, enfermo. El reino animal está representado por la vicuña, que, como se sabe, es una especie de gacela andina más tímida, más sensible y más bella que las del viejo mundo, aunque menos veloz, y muy apreciado su toisón, por cierto. Por último, el reino mineral está representado por un mitológico cuerno de la abundancia derramando magníficas medallas de oro; «es el sudor de mi padre, me pertenece», dijo Atahualpa aludiendo al carácter solar y, por tanto, divino del áureo metal. Lástima que hace tiempo el Perú perdió ante un país asiático el monopolio de la quina, que fue transplantada por un inglés y, además, en todo caso, hace tiempo que la quinina no es utilizada para fines de farmacopea. En cuanto a la vicuña, su mismo extremado valor la ha tornado una especie en peligro de extinción, peligro contra el cual luchan con tierno ardor muchos ecologistas fuera y dentro del Perú. Queda el oro, que no puede calificarse de especie prehispánica, aunque, en cierto modo, lo es en la Historia del Perú, en todo caso, el que encontraron los españoles se fue para no volver, hasta ahora.

Insistamos en este «hasta ahora», «que esperanza me mantiene», según canta la

copla popular. Nos queda la esperanza, pero esto es columbrar que los signos de nuestra heráldica republicana, como los de toda otra heráldica, son dobles, o sea, suponer que cada uno de esos signos aborígenes esconde un signo mestizo, no diré cuál, de mejor augurio, salvo que la condición suspensiva de las promesas del escudo se encuentre y comprenda gracias a alguna mejor y más profunda interpretación.

* * *

Pero dejemos la heráldica y hablemos de folklore. Un aspecto del folklore es el vestuario. No soy folklorista, de manera que no me considero en condiciones de tratar este capítulo con suficiente aplomo; pero una cosa es clara, tanto las polleras largas de las indias como los pantalones de los indios son aportaciones de la indumentaria española que el indígena prehispánico no conocía. En Copenhague cierto periodista que parece ejercer el monopolio de la información sobre América Latina dijo, a propósito de un espectáculo de música y danzas, que la minifalda de music hall que llevaba la actriz principal no tenía nada que ver con la verdadera vestimenta de las indias prehispánicas. Pero si se observan los dibujos de Huamán Poma de Ayala se ve que la indumentaria incaica tanto para hombres como para mujeres era, en efecto, una túnica corta más rudimentaria, por cierto. Las polleras que usan las indias, colocadas una sobre otra con gran abundancia, como se puede ver cuando se arremolinan en férvidas danzas, son de origen hispánico, aunque, naturalmente, comportan elementos decorativos indígenas. El vestuario, en su conjunto, es mixto o mestizo, y lo ha sido así desde tiempos muy antiguos, como lo muestran pinturas de gran precisión y encanto de la Escuela Cuzqueña que datan del siglo XVI.

Un dato que puede parecer una gran sorpresa desde el punto de vista del folklore es el que voy a dar ahora. En Gran Bretaña se han publicado varios discos antológicos de la música medieval europea que tienen un interés enorme, porque marcan la unidad o unicidad de la música y con ello de la cultura, a pesar de las diferencias idiomáticas. El director de esa antología es un musicólogo británico, señor Manrow. Ahora bien, en uno de los articulillos de la cobertura de sus discos, Manrow explica que adquirió el interés por la música medieval europea en el Perú, durante una permanencia en mi país, donde estuvo trabajando para el *British Council*. Recorrió el Perú en todas las direcciones grabando la música popular, y se encontró que muchas veces esa música no era indígena, aunque tocada por indígenas, sino medieval europea. No siendo experto, no hago más que remitirme a su autoridad. Esta muestra, en todo caso, cuán intenso, cuán profundo y cuán rápido fue el proceso de aculturación que acompañó a la conquista y al establecimiento del Virreinato. Queda, sin embargo, un inmenso trabajo por hacer en cuanto al análisis de la transformación de las formas musicales y las formas poéticas, en la medida en que éstas puedan considerarse independientes de las musicales. Más fácil es el estudio de los instrumentos, al menos a primera vista, pues desde ésta se advierte el mestizaje. La música prehispánica sólo tenía flautas en la forma de quenas o antaras, una variedad de la flauta de pan, e instrumentos de percusión. La gran novedad traída por España para el folklore son las cuerdas: violas, guitarras, arpas, etc., y los instrumentos metálicos de viento. Todas estas variedades

conviven en el folklore peruano actual, y hasta hay instrumentos propiamente mestizos, como el charango, que es una especie de mandolina cuya caja de resonancia está hecha con la piel del armadillo y la llamada arpa indígena.

Esto es cuanto a la música popular. Pero hay también una música culta escrita en el Perú, tanto en Lima como en el Cuzco, sobre todo, aunque no únicamente para el servicio religioso. Hay piezas de un elevado refinamiento musical compuestas para ser cantadas en idioma quechua, sobre todo con ocasión de ciertas festividades como la Navidad, la Pascua y el Corpus. Aquí el mestizaje no podría ser más elevado. Se investiga las partituras de esta música no sólo en las bibliotecas del Perú, sino en las de España y Austria. En Viena se han hecho descubrimientos sustanciales. Esto prueba que el Perú se incorporó plenamente con su originalidad de país mestizo en el mundo católico, es decir, la parte de Europa que se mantuvo fiel a la enseñanza tradicional de la Iglesia y que aceptó las decisiones del Concilio de Trento.

Lo que vale para la música vale para toda actividad intelectual. No quiero hacer un recuento de la vida intelectual bajo el virreinato, sobre la cual corrían hasta en mi propio país no hace mucho ideas de una superficialidad, me atrevo a decir, vergonzante. Hoy se comprende que como provincia lejana del mundo tridentino, el Perú tuvo una vida intelectual muy honorable, y dentro de ella destacan algunas figuras meritorias. La más notable es un indio de pura raza, Juan Espinosa Medrano. Indio puro, sus apellidos hispánicos fueron cedidos por sus protectores. Espinosa Medrano es conocido por un elocuente elogio que escribió del poeta don Luis de Góngora y Argote, defendiéndolo contra los denuestos de cierto crítico portugués. Se sabe, además, que Espinosa Medrano fue un excelente orador sagrado, más por el aspecto didáctico de sus sermones, accesible a la sabiduría popular, que por el despliegue de la retórica barroca. Pero lo que no se sabe, o no se sabía hasta hace poco, es que Espinosa Medrano resulta ser un filósofo logicista del más ascendrado rigor y del más fuerte espíritu. Su texto de lógica recibió una enorme aceptación, tanto en España como en Roma, a fines del siglo XVII. Hoy en día se está trabajando en la Universidad de Münster, en Alemania, para una publicación bilingüe de su obra. Se estima que hoy en que se tiende a abandonar las gazmoñerías del llamado empirismo o positivismo lógico, la lógica de Espinosa Medrano, francamente conducente a la Metafísica, está llamada a abrir fructuosas perspectivas.

Pero vengamos a algo que es más accesible que la Filosofía, algo que puesto que lo vemos todos nos hacemos la ilusión de entenderlo: el arte, o mejor dicho, las llamadas artes plásticas.

El más conocido historiador de la arquitectura del Perú es el mismo don Héctor Velarde, a quien he mencionado ya en otro carácter. En el Perú hay la arquitectura prehispánica de enorme interés; pero de ella no nos vamos a ocupar. Hay también una arquitectura hispánica que los europeos, inclusive daneses que visitan mi país, no se dignan mirar porque les sugiere un aire a lo «ya visto». Grave error. En el Perú hay maravillas hispánicas que no se encuentran en otra parte. Pero tampoco de eso vamos a ocuparnos ahora. Hay, en tercer luger, formas de arquitectura mixtas, en las cuales si bien los elementos estructurales o tectónicos parecen españoles, y lo son en gran parte, la adaptación al medio, especialmente a las condiciones sísmicas del suelo,

produce efectos que emparentan la tectónica con las formas indígenas. Esto es particularmente claro en la catedral de Cuzco, monumento que a otros respectos tiene una estructura gótica, de lo que en alemán se llama «Hallenkirche». Pero donde mejor se suele notar el carácter mestizo de esta arquitectura es en su ornamentación escultórica, especialmente en las portadas. Las iglesias de la región de Puno, que incluyen enormes monumentos, las de la ciudad de Arequipa y su campiña, las de Cajamarca, para citar sólo los sitios principales, tienen cada uno un estilo decorativo especial que podría decirse es una captación del Churriguera por el alma indígena. Por cierto, ver esto requiere visitar el Perú con el espíritu y los ojos más abiertos que el que sólo se interesa por el pasado prehispánico.

La pintura es un dominio muy especial. En el Perú hay dos grandes escuelas virreinales; la de Lima, que alcanza una gran calidad, pero dentro de formas más cercanas a las generales del barroco (aunque habría que evitar toda precipitación a este respecto), y la del Cuzco, que si técnicamente no es superior a Lima, al menos se reviste de una poderosa originalidad. Toda la pintura barroca hispánica está dominada por la motivación religiosa, y en realidad gran parte de ella está destinada a cubrir las paredes de iglesias y conventos. Esto pasa tanto en Lima como en Cuzco. En el Cuzco, sin embargo, se produce una doble orientación del más profundo interés. De un lado, hay la tendencia a producir imágenes dotadas de un riquísimo complemento decorativo, pero depuradas de todo elemento anecdótico, es decir, imágenes ofrecidas simplemente a la contemplación, a la oración, a la elevación espiritual, y en este sentido se produce en el Cuzco una vuelta a la pureza hierática de la iconografía bizantina, siempre con mayor despliegue decorativo. Tenemos así un curioso salto atrás, debido a la presencia del elemento indígena, cuya unción religiosa es particularmente intensa. Este salto hacia el espíritu bizantino que, por lo demás, habla de la autenticidad de la conversión de la población indígena al cristianismo, constituye un hecho único en el Barroco y puede decirse en la historia de la pintura occidental.

El otro aspecto o evolución concomitante es la aparición de un elemento popular particularmente vivo en su naiveté en las pinturas que relatan un hecho y que nuevamente sugieren un parentesco con los elementos narrativos de la pintura bizantina en las predelas u otros resquicios de las grandes imágenes dedicadas al culto.

Lo curioso es que hay formas intermedias entre estas dos variedades que parecen oponerse irreconciliablemente. Esta forma intermedia es una variedad especial de retrato, que aparenta la imagen de un ángel o arcángel, y, en realidad, es un joven de la aristocracia ataviado de ángel para la fiesta del Corpus. Este género, portento de naiveté y que, sin embargo, lleva consigo un grado muy apreciable de maestría pictórica, es único en mi país, que yo sepa.

Es conveniente anotar que el arte popular peruano de artesanos y alfareros que muchos aprecian altamente y con razón, es una realidad, una supervivencia de formas artísticas de más alta jerarquía que tuvieron vigencia hasta entrada la República, pero luego fueron perdiendo su demanda por la introducción liberal de gustos extranjerizados. No tomemos, pues, lo que hoy sobrevive como la manifestación más elevada de estas artes y artesanías, la que ya sólo podrá ser vista en los museos.

Y a propósito de la comparación de las escuelas pictóricas de Cuzco y de Lima,

abandonando el tema gozoso de las artes plásticas para entrar en otro más trivial, digamos que la rivalidad de estas escuelas era posible porque a todo lo largo de la época virreinal el Cuzco fue una ciudad tan importante como Lima, si bien Lima era la capital. En realidad se ha probado recientemente por el análisis de las arcas reales que en el Cuzco había más riqueza que en Lima. El interior del país era más rico que su periferia costeña, cosa que no dejará de sorprender a los observadores desaprensivos. Es muy frecuente proyectar sobre el pasado no inmediato del Perú una imagen sacada de sus características en el período republicano, pero ello no es más que un prejuicio histórico como cualquier otro. Hoy en día se tiende a proyectar sobre el pasado virreinal del Perú una imagen sacada de las ideologías liberales o posliberales de moda en nuestra época y se juzga el pasado virreinal como si la empresa de la construcción del virreinato hubiera sido hecha con los mismos prejuicios y limitaciones que caracterizan a la América Latina en el período liberal.

Yo no puedo ahora entrar en detalles acerca de lo que significa esta tesis que estoy enunciando en términos tan generales. Puedo decir que en el período virreinal el Perú no fue lo que hoy se llama un país dependiente, pues económicamente estaba orientado hacia adentro y el comercio exterior era marginal a su economía. Siendo un país orientado hacia adentro el Perú tendía mucho menos que hoy a regirse por modelos externos, y por tal razón el mestizaje era un hecho aceptado y manifiesto no tanto como una realidad por disimular como ha sido después hasta hace poco, sino como la base misma de la vida del reino.

Por ejemplo, el Perú era un país bilingüe, claro no en todas las regiones, sino en aquéllas en que había comunidades indígenas parlantes de una lengua aborigen. Quiero decir que lo era no sólo de hecho sino de derecho, y que ello se manifestaba de manera libre y espontánea en su cultura, como ya algo hemos visto. La situación del Perú en tal sentido no era diferente de la de Paraguay, que gracias a su interioridad en el continente americano mantiene su carácter bilingüe. Es posible incluso que el área de influencia de lenguaje quechua se extendiera durante el virreinato por efecto de la forma en que estaba organizada la vida, la predicación y la administración pública.

Un punto que merece quizá mención especial es el carácter mixto de ciertas instituciones. Se ha dicho que el origen del latifundio en el Perú es la institución de la Encomienda, pero esto no es así; la Encomienda crea un derecho sobre el tributo indígena y también sobre el servicio personal; pero no constituye un derecho sobre la tierra lo cual es su radical diferencia respecto de la institución feudal como tal. De otro lado, la Encomienda se extingue en el Perú en la primera mitad del siglo XVII. La Hacienda tiene su origen en concesiones reales dentro del tercio que correspondía al Inca. Los otros dos tercios correspondían respectivamente a la Iglesia y a las comunidades indígenas. Pero debe tomarse en cuenta que en América rigió el derecho fuertemente romanizado de las Partidas, que en España tenía valor supletorio. Ello da un carácter romanista a la propiedad inmueble, sin excluir por cierto la presencia de muchas canonjías y otras llamadas servidumbres de Derecho germánico. Pero lo esencial es que al lado de la estructura jurídica de la propiedad de la tierra había una concepción económica de su uso que distaba radicalmente del propósito de maximación del rendimiento que caracteriza a la ideología liberal, y que sólo penetra en el

Perú en el curso del siglo XIX. Por eso el latifundio de este período es profundamente diferente de la hacienda virreinal con su amplia extensión del coloniaje, aparcería o llanaconazgo y la frecuente existencia de derechos banales al uso gratuito de los terrenos de monte para pastoreo, leña, etc. Cuando se proyecta sobre el período virreinal las realidades económicas de la República se cae en prejuicios históricos de muy corta vista.

Un ejemplo de estos prejuicios fue la imposibilidad en que el pensamiento liberal e individualista se vio para entender la institución de la comunidad indígena y, por tanto, para respetar esta forma esencial en mi país de tenencia de la tierra.

La comunidad indígena peruana es un ejemplo típico de institución mestiza. Se cree que la comunidad es el Ayllu aborigen; en realidad es la sucesora virreinal del viejo Ayllu, dentro de formas jurídicas importadas de España. Estas vienen de las comunidades de ganaderos que aún hoy llevan sus merinos transhumantes de norte a sur y viceversa en la península. No me es posible detallar aquí la forma cómo en las viejas comunidades coexisten los elementos colectivistas con los estímulos individuales. Quisiera en cambio dar siquiera una muestra trivial del carácter mestizo de esa institución. Por ejemplo: el alcalde de la comunidad en el Perú se llama «Barayoc». La voz quechua «yoc» alude al que ejerce en alguna u otra forma la autoridad: quipucamayoc, pachakamayoc, huarancakamayoc; pero la voz «bara», es la palabra española de igual sonido que alude al bastón del alcalde, esencialmente igual en las comunidades españolas, según lo pintó alguna vez Zuloaga. El célebre novelista peruano José María Arguedas, cuando quiso graduarse de antropólogo, escribió una tesis comparativa de las comunidades españolas y las indígenas del Perú, para lo cual hizo una importante labor de campo en España. No es ésta mi especialidad, pero señalo el dato para quien le interese.

También es interesante un caso etimológico que señala Varallanos. En ciertas regiones del Perú se practica un matrimonio a prueba, en forma muy leal y virtuosa, por lo demás, según parece, que recibe el nombre de «serviñacui». Ahora bien, la voz «ñacui» es indígena y alude a la relación de convivencia; pero dice Varallanos que la voz «servi» viene del español servicio, es decir, del servicio personal de las indias el encomendero. Por cierto, el hecho de que el nombre de la institución sea hoy en día mestizo no quita que el matrimonio a prueba existiera antes, sólo prueba que hoy en día existe de una manera más o menos mestiza, con lo cual sobreabunda en todo lo que hemos venido tratando.

* * *

Hay un tema que para mí se reviste de una vital importancia: ¿estaba el hombre peruano mejor adaptado a su medio antes de la venida de los españoles que después? Aquí debo responder que mi impresión es que efectivamente el hombre prehispánico en el Perú, aun dentro de las características de la tecnología de Edad del Bronce con que contaba, estaba mejor adaptado a su medio. El hecho saltante en el medio peruano radica en las diferencias de altitud. Claro que esto no se ignoró nunca. Y, sin embargo, un joven profesor universitario, de nombre Jorge Pulgar, llamó profundamente la

atención cuando propuso una regionalización del Perú por altitud, refinando perceptiblemente el esquema simplista: costa, sierra, montaña. Ahora bien, en el Perú prehispánico parece que había una cierta movilidad de la población en el sentido de la altitud, lo cual permitía una variedad de regímenes alimenticios, de exposición al sol, etc. Esto se pierde cuando el virrey Toledo establece el sistema de reducciones de indios que va a afincarlos en zonas fijas. La sociedad virreinal, salvo para ciertas profesiones, como arrieros, soldados, etc., padecería de una falta de movilidad interna, la cual va a ser heredada por la sociedad republicana. Es por esto que el Perú del siglo pasado dio la impresión de un país incapaz de dominar su medio geográfico, un país dominado por su naturaleza, una madre naturaleza terrible que está en esencia ciclopeamente plasmada en la cordillera de los Andes. Ha sido necesaria la tecnología moderna para vencer a un coste enorme el reto de la naturaleza, y aún así la victoria ha venido mal por efecto quizá de la rigidez de la estructura virreinal. Pero esto que digo es una hipótesis sujeta a confirmación o información.

En todo caso es claro que el Perú virreinal, aunque no tan adaptado a su medio como el Perú preincaico, vivía en paz consigmo mismo, se aceptaba en su mestizaje, en su bilingüismo o polilingüismo, puesto que además del Quichua están el Aymara y otras lenguas, en suma se reconocía instalado holgadamente en su originalidad cultural. Al menos creemos que esto fue así en muy apreciable medida, o si se quiere, que la administración virreinal siguió una política tendiente a realizar este objetivo mesticista, no obstante las dificultades existentes.

¿Lo logró? Desgraciadamente, no del todo. En efecto, sería iluso pretenderlo. Aunque el Perú virreinal fue una nación mejor integrada que lo que vino después, esta regresión, justamente fue posible porque el proceso de la integración nacional no había llegado a su madurez. En otras palabras, creo yo que entonces se hizo enormes avances en tal sentido, sin lograr resolver el problema de raíz. El hecho de tratarse de un reino conquistado, con el pueblo nativo en la base de la escala social es la dificultad intrínseca fundamental cuya superación resultaba casi inalcanzable. La prueba es la revolución de José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca, Túpac Amaru II.

Es muy tarde a estas alturas para contaros esta revuelta ocurrida a fines del siglo XVIII en la zona del Cuzco. Su líder fue un aristócrata indio, educado en la escuela de indios nobles que había en el Cuzco. La había en efecto como reconocimiento de que la población nativa debía tener su liderazgo natural. Condorcanqui quien conducía un importante negocio de arriero, pretendió tener legítimo derecho a que se le concediera el marquesado de Oropesa. Este era el primer título nobiliario del virreinato, el único que comportaba señorío sobre vasallos. Estaba vacante desde la muerte de su primer titular, la hija de Túpac Amaru I, el Inca ajusticiado por el virrey Toledo. No era posible ajusticiar a la hija inocente. Era necesario casarla con un caballero español, y darle un título congruente con su jerarquía de princesa imperial. El pretendiente más idóneo en el virreinato era un capitán de Loyola, sobrino de San Ignacio. El matrimonio fue el más sonado de la historia del Perú. En una sala de la Embajada de la Argentina, en Lima, se conservan dos retratos de la Escuela cuzqueña de una calidad artística excepcional en que se me antoja ver, sendos, a los novios. Se trata de joyas de la pintura peruana. El idilio, si lo hubo, terminó

trágicamente porque el marqués de Oropesa murió en la guerra del Arauco, y su cráneo fue enviado por esos indios al virrey en prueba. La marquesa viajó a España y si tuvo después descendencia ella ha sido perdida para el Perú. Es este el título que el cacique de Tungasuca pretendió revivir dos siglos después de su extinción. Se dice que Condorcanqui ambicionó el marquesado para ejercer una mayor influencia en favor de los indios. Desgraciadamente no hay manera de descartar la interpretación rival que sugiere en el cacique una tendencia megalomaníaca, o en su mujer que lo instigaba —la enjundiosa Micaela Bastidas—. En todo caso su revuelta causó estupor y temor intensísimos. Lo que mejor dice de su carácter es que estuvo en sus manos asaltar el Cuzco y se negó a hacerlo por temor al saqueo. Sus pares, los Pumacahua, los Choquehuanca, etc., lucharon contra él y luego vino el desbande y su muerte cruel.

Es sabido que nada incita más a la crueldad que el haber sufrido temor. El suplicio de Túpac Amaru, descuartizado, fue proporcional al miedo que su rebeldía causó. Ese suplicio por lo demás según entiendo es el que se aplicaba a los príncipes de sangre real por delito de lesa majestad.

La revolución de Túpac Amaru trajo como consecuencia un conjunto de reformas algunas de las cuales tendían a mejorar la suerte de los indios, pero otras a hacer desaparecer el rol histórico de la aristocracia indígena, para evitar una revolución futura, inclusive combatiendo el lenguaje quechua. Para desgracia nuestra estas últimas medidas tuvieron una influencia perdurable en la época republicana. La independencia se hizo bajo el signo de la reacción conta Túpac Amaru. Queda en cambio una huella literaria de este evento que hasta hoy esparce su encanto. Me refiero al drama quechua el *Ollantay,* en el cual se da un final feliz a la historia trágica de los amores del general Ollantay y una ñusta Cusicocllo, hija del inca Pachacutec. Aunque en quechua, el drama tiene una estructura característica del teatro español, es decir, es una obra mestiza, al igual que varias que la precedieron. Lo esencialmente quechua en él es la calidad de su lirismo. Se da allí un final feliz a aquella historia, comparable a los amores desesperados que cuenta el Saxo Gramaticus, para aliviar la tristeza de esos días con un consuelo que prometiera mejores.

ANTONIO BELAÚNDE MOREYRA
Embajada de Perú
Spitalackerstrasse 20-A
3000 BERNA 25 (Suiza)